



Las revistas del exilio chileno: Araucaria de Chile y Revista de Literatura chilena en el exilio¹

por Rubí Carreño Bolívar

-¿Y qué pasó con los profesores del 73?-
Eran todos miristas y desaparecieron después del once.
Nadie sabe dónde están.
Se arrancaron, salieron fuera, qué sé yo...

Henri Rochma Viola, Rector Militar de la Universidad de Concepción

Miles de chilenos fueron expatriados durante la dictadura. Las causas, entre otras, tenían que ver con la desaparición o ejecución de un familiar cercano; haber sobrevivido a los campos de concentración; ser víctima de hostigamiento y persecución; la exoneración y la imposibilidad de trabajar en Chile por estar en 'listas negras' que condenaban, entonces, a la marginación social y a perder las fuentes de ingreso (Oñate *et al.* 43). En el caso del exilio de la crítica se sumaban aspectos de la represión dictatorial más intangibles, pero igualmente relevantes, como la prescripción a las ideologías de

¹ Fragmento del capítulo "El exilio de la crítica chilena: aportes para una nueva agenda" del libro *Av. Independencia: arte, música e ideas de Chile disidente* (2013) de Rubí Carreño. Este texto fue realizado en el marco del proyecto PUENTE "El cuerpo y la voz recuperados: narrativa y reparación, Chile-Argentina posdictadura al presente" (2023-2024), financiado por la Vicerrectoría de Investigación de la Pontificia Universidad Católica de Chile.



izquierda y a todo pensamiento crítico, la restricción a la libertad de expresión, la censura a los medios, la intervención a la universidad a través de rectores delegados y del soplónaje y finalmente, lo que en la época se llamó 'apagón cultural' que redujo aún más un vigilado campo cultural.

Críticos que poseen una alta posición académica en la actualidad, vivieron la experiencia del exilio en la década del setenta y ochenta. Para mencionar solo a algunos convocamos los nombres de Nain Nómez, Ana Pizarro, Soledad Bianchi, Raquel Olea, Federico Schopf, Jaime Concha, Jaime Giordano, Nelson Osorio, Juan Armando Epple, Marcelo Coddou, Pedro Bravo Elizondo, Ariel Dorfman, Carlos Orellana, Bernardo Subercaseaux, Leonidas Morales, Hernán Vidal, Fernando Alegría, Fernando Moreno, Luis Ñigo Madrigal, Manuel Alcides Jofré, Grínor Rojo, entre otros. Los países de llegada privilegiados fueron los de tantos exiliados; Venezuela, Suecia, México, Canadá, Francia, Holanda, Alemania, la ex Unión Soviética y se agrega, en el caso de los críticos chilenos, la especificidad de los departamentos de español de las universidades norteamericanas. Esta inserción masiva en Estados Unidos se debió en parte a las redes de intelectuales chilenos que ya se encontraban trabajando en ese país; a que muchos de los críticos poseían el grado de doctor otorgado por universidades de primer nivel y a la solidaridad de los académicos y jefes de departamento norteamericanos.

Era tal la cantidad de críticos chilenos en Norteamérica que incluso constituyeron la 'Asociación de académicos chilenos en Nueva York' a la que pertenecieron Humberto Díaz Casanueva, Claudio Giaconi, Luis Domínguez, Pedro Lastra, los hermanos Jaime y Enrique Giordano. Es necesario señalar que muchos de los críticos que vivían en Estados Unidos por motivos académicos y no necesariamente vinculados al exilio, como Pedro Lasta, Grínor Rojo y Lucía Guerra Cunningham prestaron colaboración a través de artículos y cartas de apoyo a sus compañeros exiliados, notas de lealtad y apoyo que llegan hasta el presente a través del testimonio de las revistas del exilio de la crítica.

Del millón de chilenos exiliados según cifras de la Iglesia Católica decenas de ellos pertenecían al peregrino oficio de la crítica. De modo que:

El universo de los estudios hispanísimos en Estados Unidos fue virtualmente invadido, al parecer por investigadores chilenos, y en las universidades francesas había todavía a comienzos de los 90 más de una cincuenta de académicos en funciones docentes o de investigación. (Orellana, *Araucaria* 12)

Es imposible no concordar con Edward Said en que el siglo XX ha sido la era de la migración y del refugiado. Esta situación se extrema en el incipiente y global siglo XXI en que hombres, mujeres y niños ven puestos en jaque, día a día, su permanencia, su lugar, y, por ende, sus modos de trabajar, imaginar y hacer vínculos (Appadurai; Bauman; Sassen). En el caso de los profesionales de la letra, los viajes al extranjero para estudiar la propia literatura y lengua, pero en lugares con más prestigio u oportunidades que incluirían desde la apertura intelectual a la sexual, se han extremado en los últimos años. Es quizás por eso, que el exilio de los intelectuales chilenos ha sido descrito por distintos sectores como uno 'dorado', al que irónicamente se llamó también, 'la beca de



estudios Pinochet' en cuanto si bien muchos de ellos tenían carreras exitosas en Chile, los más jóvenes ampliaron o terminaron sus estudios en los países que los acogieron.

No pretendemos inquirir en torno a lo dorado o lo plomizo del exilio, discusión completamente irrelevante toda vez que sabemos que una cosa es reflexionar sobre este desde la seguridad de un lenguaje, tradición y redes familiares y profesionales establecidas, y otra muy diferente es vivirlo. Dicho de otra forma, una cosa es empatizar con la situación de permanente extranjería del crítico y otra muy diferente, es considerar al propio sujeto y su adversa experiencia vital como expatriado. Por lo demás, los mismos intelectuales en el exilio desestimaron la verdadera competencia de dolores que se produjo entre los que se fueron y los que se quedaron en otras áreas del campo literario. Por el contrario, buscaron de manera permanente establecer vínculos entre los que estaban dentro y fuera de Chile.² Es así como la revista de crítica *Literatura chilena en el exilio*, una de las más importantes al momento de estudiar el exilio literario chileno, cambió de nombre a partir del número 15 (1980) y pasó a llamarse *Literatura chilena creación y crítica* atendiendo a la necesidad de incorporar a críticos y escritores que vivían en Chile y a los que llamaban del 'interior'.

Es obvio que una historia de la literatura chilena pasa por la historia de sus críticos. Sin embargo, el exilio de la crítica chilena es una historia que recién comenzamos a contar. Los motivos para esto son diversos. En primer lugar, y pese a que sabemos que la crítica no es neutral y depende, en gran parte de las condiciones de producción del crítico, por lo general, la academia tiende a considerar la crítica como una instancia mediadora entre el texto y el resto de la comunidad de lectores, y al crítico y su escritura, como instancias invisibilizadas en virtud de un discurso que se autoexcluye del análisis.

En segundo lugar, junto con los académicos que se quedaron en Chile durante la dictadura haciendo una resistencia pequeña, pero constante en las salas de clases y en sus escritos, hubo otros que colaboraron involuntaria o voluntariamente con el despido de sus hasta entonces compañeros. Los primeros porque para sobrevivir tuvieron que sumarse al silencio impuesto y los segundos, por motivos ideológicos. Sobre esta historia no contada a las nuevas generaciones se ha desplegado un tupido velo que pocos académicos han querido descorder, y que aparece apenas desplegado en algunas novelas chilenas escritas en el año dos mil.³ Finalmente, debemos concederle algún mérito a las estrategias de la dictadura para destrozarse las comunidades que constituían el pensamiento de izquierda, una de ellas fue el exilio, y es así como, actualmente, se tiene un conocimiento aséptico sobre la obra de los críticos chilenos exiliados que no se vincula ni la historia e instancias de producción de su pensamiento, ni con las utopías y cambios sociales que estos críticos imaginaban y que influyeron en que los expulsaran de la hacienda chilena, no necesariamente, de Chile.

² Acá la referencia ineludible es la carta enviada por Enrique Linh al congreso de poetas jóvenes en el exilio donde se refiere más o menos polémicamente a las condiciones políticas y culturales extremas a los que estaban sometidos los artistas que se denominaban "del interior" (Lihn).

³ Una mirada a la universidad colaboracionista se encuentra en *La burla del tiempo* de Mauricio Electorat y en *La novela de otro* de Cinthia Rimsky.



Nuestro objetivo en este artículo es elaborar una respuesta desde la crítica a la pregunta hecha por la prensa al Rector Militar Rochma Viola y que éste contesta con total displicencia y desprecio por la vida de los aludidos. Es decir, inquirir sobre qué fue de los profesores y críticos que dominaban la escena académica y cultural de los incipientes años sesenta, cuál fue el aporte que hicieron desde esta situación al estudio de la literatura chilena reciente, y finalmente, cómo su trabajo ilumina la agenda crítica actual. Para dar cuenta de lo anterior consideraremos como fuente algunas entrevistas a los críticos realizadas en la prensa, pero fundamentalmente, dos de las revistas chilenas más importantes realizadas en el exilio, *Araucaria de Chile* (1978-1989) dirigida por Volodia Teitelboin, pero creada y editada por Carlos Orellana y que tuvo su sede en París y luego Madrid, y *Revista Literatura chilena en el exilio / Literatura chilena creación y crítica* (1977- 1989) dirigida por Fernando Alegría y el poeta David Valjalo con sede en Los Ángeles California, y posteriormente en Madrid (Orellana, “Revista a las revistas”).

ENTRE ARAUCARIAS Y REDWOODS: APORTES DE LOS CRÍTICOS CHILENOS EN EL EXILIO

En relación con la crítica chilena realizada desde el exilio consideramos tres grandes aportes que dialogan y se alimentan mutuamente. El primero de ellos consiste en haber logrado construir un proyecto crítico tanto político, como estético, que respondiera a la dictadura y a la situación de exilio, otorgando medios de expresión y congregación a las colectividades disidentes dentro y fuera de Chile, así como con los intelectuales progresistas del mundo. El segundo aporte tiene que ver con que inauguraron temas de investigación que fueron muy relevantes para las décadas posteriores: el más importante es que lograron instalar como línea de investigación válida a nivel internacional la narrativa chilena, sobre todo la reciente. El tercero es que establecieron redes profesionales de apoyo para los que estaban viviendo en el exilio. Una red colaborativa en torno a la ideología de esta magnitud solo se ha visto, me parece, en la crítica feminista. Estos tres aspectos impidieron que la dictadura los despojara de su sustento y de poder ejercer profesionalmente. El proyecto global, estético y político, planeado para la crisis; la apertura de líneas de investigación exitosas y la creación de redes amistosas, profesionales, políticas, les permitieron, a mi juicio, funcionar como un colectivo y permanecer vinculados a Chile a pesar de la enorme disgregación. En síntesis, pudieron constituir comunidades amplias que involucraban a exiliados, artistas del país de origen e intelectuales de todo el mundo en épocas en que se contaban con precarias máquinas de escribir y de correos postales.

Quizás lo más relevante para entender el proyecto intelectual de los críticos en el exilio sea atender a que era un proyecto tanto literario como político. La dictadura había cercenado los espacios locales de producción intelectual y las revistas *Literatura chilena en el exilio* y *Araucaria de Chile* responderían a esa situación. Así lo vemos en la editorial del primer número de *Literatura Chilena en el exilio*:



La revista de *Literatura chilena en el exilio* se funda por las siguientes razones. Bajo el gobierno de las Fuerzas Armadas en Chile no existe libertad de pensamiento ni de expresión; las universidades han dejado de ser organismos de cultura para transformarse en centros de coerción y adiestramiento político pretendiendo, según declaración explícita de personeros de la Junta, formar una generación que responda a los intereses del gobierno de facto bajo la disciplina férrea de rectores militares. Creemos de toda necesidad vincular estrechamente a los intelectuales chilenos en el exilio, promover sus trabajos de investigación y creación y darles la amplia difusión que se merecen. Nuestra revista aspira a cumplir esta misión en el campo de la investigación y creación literarias. Asimismo, promoverá lazos de sólida cooperación y unidad con los escritores progresistas de todo el mundo. Declaramos nuestra firme voluntad de continuar esta publicación en el exilio hasta que se restablezcan en nuestra patria las condiciones de libertad y respeto a los derechos del hombre que han sido tradicionales del pueblo de Chile. ("Editorial", *Literatura chilena en el exilio* 3)

Así mismo, *Araucaria de Chile* pretendía ser un espacio de creación y pensamiento crítico para el alma disidente tanto del Chile peregrino como el del interior:

Si en la superficie impera la atonía de espíritu, la omnipotencia de la mediocridad oficial, por debajo, en el cuerpo central del país, la llama de la creación se mantiene viva. A veces, consigue proyectar lejos, al exterior, destellos de su fulgor. Estos son percibidos con ansia por el Chile Peregrino, aquel que anda repartido por toda la tierra... *Araucaria* anhela convertirse en una expresión exigente y unificadora de la intelectualidad chilena avanzada que vive dentro y fuera de las fronteras... ("Editorial", *Araucaria de Chile* 2)

La perspectiva de ser un puente entre la intelectualidad chilena repartida por el mundo y la que permanecía más o menos aislada dentro de Chile se concretó exitosamente en ambas revistas. Tanto *Araucaria* como *Literatura Chilena en el exilio / Creación y crítica* se constituyeron en un soporte importante para mostrar en Estados Unidos y Europa la producción de escritores chilenos que en ese tiempo comenzaban sus carreras. A la vez permitía que en Chile se pudieran leer a los que son y fueron maestros de la crítica, Juan Armando Epple, Jaime Concha, a Lucía Guerra-Cunningham, Marcelo Coddou, Soledad Bianchi y Ana Pizarro, entre otros.

La agenda de los críticos chilenos en el exilio determinaba la labor del intelectual chileno a través de su compromiso con restablecer la democracia en Chile y en dialogar con los materiales literarios para este propósito. Es así como, por ejemplo, la revista *Literatura chilena en el exilio* finalizaba con citas de textos de autores pertenecientes a la gran tradición literaria chilena que podían leerse bajo el prisma de esos incipientes años dictatoriales. De este modo, encontramos a Gabriela Mistral anunciando: "no creo en mano militar para cosa alguna. Ni el escritor ni el artista, ni el sabio ni el estudiante puede cumplir la misión de ensanchar las fronteras del espíritu si sobre ellos pesan las fuerzas armadas de un Estado Gendarme que pretende dirigirlos" (2) o a Pablo Neruda afirmando que el "momento de Chile es desgarrador y pasa a las puertas de mi casa" (2). Así, Pablo Neruda y Gabriela Mistral aparecían en la producción de los críticos en el exilio como artistas capaces de alertar, predecir, y acompañar en las situaciones históricas dolorosas a Chile y sus reveses.



Ambas revistas recogieron a los dos Premios Nobel chilenos de literatura – expresiones de la alta cultura a la vez que por su origen también vinculados a la cultura popular– y los propusieron como ideogemas del Chile sancionado, el de izquierda. En el caso de Pablo Neruda, su filiación era mucho más obvia en cuanto pertenecía al Partido Comunista, en el caso de Mistral, más bien aparecía representando a la democrática nación literaria. Mientras el régimen militar prohibía *Confieso que he vivido*, los críticos chilenos en el exilio, así como también músicos cultos y populares, poetas, y otros artistas inquirían en diversos aspectos de la obra de Pablo Neruda que tendían a reforzar la herencia de un arte comprometido. Por otro lado, su cara en afiches serigráficos vendidos en ferias artesanales dentro de Chile lo convertían en una especie de doble de cuerpo de Salvador Allende. Las dos caras de la moneda en llamas, el cuasi presidente literario (Neruda dimitió como candidato a la presidencia en favor de Allende) prestaba su cara al presidente muerto y proscrito, y las palabras de ambos, servían a los que nos quedamos y a los que se fueron para no escuchar solo bandas y bandos, para conjurar los miedos y hacer vivir la yerba de la esperanza. Uno y otro aparecían en las revistas, arte popular y en las radios clandestinas, diciendo calladamente, pero sin dudas, que más temprano que tarde...

Comparecían en las páginas tanto de *Araucaria* como de *Literatura chilena en el exilio* la vida y la obra de Víctor Jara, de Violeta Parra y del mismo Neruda como síntesis perfectas de la cultura de izquierda que había que traer al presente para mantenerla viva, más allá, de las muertes violentas. Me parece que parte de las interpretaciones posteriores de la literatura chilena o tercermundista como documento o alegoría presentes en la agenda crítica actual tienen que ver con este proyecto diseñado para una época determinada y que sus mismos cultores renunciaron a proseguir pasado 1989, es decir, la llegada de la democracia a Chile.

Este proyecto estético y político para la crisis surgida a partir del exilio y la dictadura militar también se plasmó –aparte de las revistas de crítica– en la organización de congresos internacionales y en la práctica académica como profesores, críticos y directores de tesis, incluso en la recopilación del material bibliográfico sobre la literatura chilena. Los congresos contribuían a congregar a las colectividades internacionales en torno a la literatura, a Chile, y a la dictadura. Por otro lado, desde su papel como críticos insertos en la academia, a modificar, lentamente, el canon de lecturas posicionando, entonces, la literatura chilena como una línea de investigación válida.⁴

De alguna forma, y como lo hace notar Soledad Bianchi en una entrevista realizada por Manuel Alcides Jofré, la reflexión constante sobre Chile se convirtió en la actividad central de los intelectuales exiliados:

Durante los últimos nueve años yo he vivido en Chile sin estar en Chile... El exilio ha sido una experiencia muy dolorosa y también lo habría sido haber vivido en el país... Armando Uribe en un libro que no ha sido traducido del francés y que se titula *Caballeros de Chile*, dijo que el exilio no es estar aquí ni allá, es no estar en ninguna parte. Yo he trabajado todos estos años en Chile

⁴ Algunos de los congresos relevantes fueron: Coloquio Internacional Sobre Pablo Neruda "La Obra posterior al *Canto General*". Universidad de Poitiers, Francia, 1979 y Jornadas Culturales Chilenas, Los Angeles, California, 1980.



y sobre Chile. Me he dedicado casi exclusivamente a la literatura chilena y a1 movimiento artístico y cultural chileno, pretendiendo casi intervenir en Chile, lo que obviamente no puede ser. Esa es la esquizofrenia del exilio, creo yo. (Jofré 48)

Esta paradoja que implica estar tan lejos y tan cerca de Chile, analizando la dictadura y sus efectos, sin la censura propia de la producción local, configuró el trabajo de los críticos chilenos en el exilio en una memoria activa y reflexiva sobre Chile, una memoria que iluminó, como veremos, tanto la agenda crítica sobre la literatura chilena como el trazado histórico desde el horror al tedio.⁵ Dicho de otra forma, sus posturas van desde el delirio en el que anuncian que desde las letras están derrotando a la dictadura, hasta una especie de decepción organizada capaz de ver las huellas del neoliberalismo en casi todos los aspectos de la sociedad chilena.

El segundo aporte tiene que ver con que los críticos en el exilio inauguraron temas de investigación que fueron muy relevantes para las décadas posteriores. Es así como prestan sus páginas no solo para publicar textos propiamente literarios, sino que también publican testimonios y crónicas de la represión dictatorial, siendo el más valorado *Tejas verdes* de Hernán Valdés. También analizan el valor ideológico y estético del testimonio antes de que se convirtiera en discusión obligada en la academia (Subercaseaux; Epple). Finalmente, con anterioridad a que se popularizaran los estudios culturales, incluyen la música popular como objeto de estudio e incluso como una fuente relevante de la poesía chilena (Epple, Coddou).

La obra de Violeta Parra será estudiada acuciosamente, las canciones de Víctor Jara y de Patricio Manns aparecerán junto a los poemas de Pablo Neruda y de Vicente Huidobro, y la joven Soledad Bianchi ofrecerá algunos de los más finos y certeros análisis de la música popular chilena. Soledad Bianchi es una de las primeras críticas chilenas que valora a través de sus artículos y reseñas la obra musical y poética de *Los Jaivas*, Mauricio Redolés, Isabel Parra, en esos entonces debutantes, ahora referentes incuestionables de la cultura popular chilena.

Otro aspecto importante con relación a la agenda de los críticos en el exilio es el cuestionamiento a la universidad como lugar vigilado e intervenido, es decir, ponen el lugar de trabajo asalariado bajo la perspectiva crítica, aspecto que encontraremos recientemente en los trabajos de William Thayer e Idelber Avelar y que también desarrolla la *Revista de crítica cultural* durante la transición a la democracia (Silva).

El tercer aporte tiene que ver con que la crítica chilena en el exilio, así como los académicos que estaban trabajando o estudiando afuera, lograron establecer redes profesionales de apoyo para los que estaban viviendo en el exilio. Estas redes lograron crear instancias de difusión del trabajo crítico, tender puentes entre los intelectuales que seguían en Chile y los que estaban afuera, proteger del hurto intelectual la producción de los que por motivos de seguridad personal debían escribir bajo seudónimo asegurando que cada texto anónimo estaba registrado bajo el concepto de propiedad intelectual. También reconstruían los contextos profesionales perdidos al reseñar y señalar constantemente el *curriculum vitae* de los que se enfrentaban a países

⁵ Para las relaciones entre literatura chilena y censura ver Cánovas.



donde se desconocía completamente su trayectoria. Tal vez no derrotaron a la dictadura desde la épica que imaginaban, pero sin duda la vencieron en cuanto impidieron que los despojara del sustento, de una comunidad, y de su palabra. De hecho, ampliaron su comunidad de origen al incorporar a los que llamaban escritores e intelectuales de pensamiento progresista. Junto con otros exiliados lograron posicionar el tema de la dictadura de Augusto Pinochet en la agenda política internacional, lo que culminó con su detención en Londres, logro, sin duda, de los exiliados de Chile, tanto de los obreros como de los estudiantes.

Así mismo, el exilio de la crítica construyó una memoria cultural de los años del horror y mantuvo viva la cultura de la izquierda, con la ganancia no menor de construir como campo disciplinario internacional a la literatura chilena, la reciente, la local, la del exilio. ¿Por qué descorder el tupido velo en torno a esta historia? Es un acto de justicia y de reparación. Una acción de gracias a todos aquellos que en condiciones adversas lograron, junto con otros, constituir la literatura chilena como campo válido de estudio. El trabajo de estos y de otros críticos chilenos que realizaron sus carreras en el extranjero es el verdadero 'oro de California', la verdadera nacionalización de los recursos que nos falta por realizar su inclusión en nuestra historia cultural, incluyendo su historia personal, es parte de una globalización tan valiosa como ignorada.

No parecen tiempos propicios para las revistas que cruzan exprofeso lo político y lo literario. En Chile, en pocos años vimos desaparecer las últimas revistas culturales vinculadas a la izquierda, *Rocinante* y la *Revista de crítica cultural*. Pareciera ser que no es momento para que crezcan *Araucarias*. Por supuesto, dice Carlos Orellana, a la política partidística no le interesa tener revistas una vez que llega al poder, y, por otro lado, el crítico literario, el intelectual profesional, cada vez tiene menos espacio en el mundo exterior, su voz no alcanza a traspasar las paredes del campus. En palabras de Carlos Orellana, editor de *Araucaria*:

No se ve que pueda haber hoy en Chile cabida para revistas como fue la nuestra. El país sufre, por una parte, una suerte de decadencia y de rechazo de la letra impresa, y la altiva autocomplacencia que prevalece en el terreno de las ideas, cuya secuela inevitable es el espíritu contrario a la crítica y al debate, tiende a relevar en los productos culturales su carácter de símbolos del éxito, de simples enseres suntuarios. ... El presente lo domina y lo absolutiza todo, ejerciendo una tiranía en lo ideológico que habla bien a las claras que en este prolongará su huella, con Pinochet o sin él, hasta bien entrado el siglo XXI. (Orellana, *Araucaria* 31-32)

Al momento de cerrar este texto es imposible no recoger dos posiciones extremas entre las que se debaten los críticos chilenos en el exilio y también muchos de los que no han salido nunca del 'horroroso Chile'. Dos lugares que parecen antagónicos y cuyo diálogo posibilita, a mi juicio, una crítica que incluye la luz de la calle y del día.

Vivo en EU desde los años setenta, después de trabajar en Francia, adonde me las enlevé cuando tuve que salir de Chile.

¿Volver? ¿Para qué? Todos los de mi generación moriremos en la era de Pinochet. Estamos en el Año Uno de la Era Augusta, ¿no? (Concha, en Casasús)



La gente nos dice: “ustedes están triunfando, tienen todas las posibilidades allá, como es posible que quieran venirse a un país difícil, con dictadura, con problemas económicos”. La respuesta es obvia: esto es lo de uno; si estamos en el exilio es porque uno quiso cambiar la sociedad chilena de una determinada manera, y por cierto aun queremos cambiarla, con la madurez que da el exilio, con la madurez que da el interior, y por eso creo que esa sociedad, otra que buscamos crear, va a ser algo mucho mejor ahora que la que queríamos antes. (Bianchi, en Jofré 48)

Estas dos citas incluyen desde sus posiciones supuestamente antagónicas la idea de un colectivo: la generación de la que habla Jaime Concha cruzada por la violencia del año uno de la era augusta y la de los que se fueron y los que se quedaron para construir “algo mucho mejor”. Imagino que ambas son herencias que debemos incorporar: tanto la disidencia extrema, como la esperanza de un futuro posible. Miramos con respeto a los maestros y su trayectoria vital e intelectual e invitamos a crear otras lógicas, nuevas araucarias, pero también, “raíces que se tocan” (Neruda), “yerbas de esperanza” (Parra), es decir, fortalecer las redes subterráneas y minoritarias de intelectuales, escritores y críticos en torno a la pasión por la vida y la letra, que en los grandes, como muestran los críticos chilenos en el exilio, siempre están cruzadas.

Con Carlos Orellana pensamos que

será necesario recorrer en los años que vienen un largo camino que permita recuperar algo del entramado cultural que en el período reciente fue destruido y desarraigado, y a partir de ese rescate contribuir a las bases de una cultura nueva inserta en una sociedad cuyos valores no podrán por cierto ser los que en este instante prevalecen. Habrá entonces un lugar para nuevas araucarias, y en ellas tal vez revivirá el espíritu de aquella otra cuya pequeña historia hemos intentado reconstruir en estas páginas. (Orellana 31-32)

BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai, Arjun. *Modernity at large*. University of Minnesota Press, 1996.
- Bauman, Zygmund. *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Cánovas, Rodrigo. *Lihn, Zurita, Ictus, Radrigán: literatura chilena y experiencia autoritaria*. FLACSO, 1986.
- Casasús, Mario. “Jaime Concha: Pablo Neruda descubre al indígena en el muralismo mexicano.” *El Clarín*, 3 de enero de 2007. http://www.elclarin.cl/index.php?Itemid=456&id=5227&option=com_content&task=view. Consultado el 7 oct. 2023.
- Coddou, Marcelo. *Un Exilio no es Llanto sino Lucha*. Poesía Chilena de la Resistencia. Nueva York, 1983.
- “Editorial”. *Araucaria de Chile*, núm. 1, 1978, pp. 5-7.
- “Editorial”. *Literatura chilena en el exilio*, vol. 1, núm. 1, 1977, p. 3.
- Epple, Juan Armando. “Violeta Parra y la cultura popular chilena.” *Revista de literatura chilena en el exilio*, vol. 1, núm 2, 1978, pp. 4-11.
- Jofré, Manuel Alcides. “Soledad Bianchi. Haciendo Chile en el exilio.” *APSI*, núm. 149, 1984, pp. 47-48.



Lihn, Enrique. *El circo en llamas: una crítica de la vida*. LOM, 1997.

Oñate, Rody, et al. *Exilio y retorno*. LOM, 2005.

Orellana, Carlos. *Araucaria de Chile. Índice general (1978-1989)*. Ediciones del Litoral, 1994.

---. "Revista a las revistas chilenas del exilio (1973-1990)." *Chile: Breve imaginaria política 1970-1973*, 2001. <http://www.abacq.net/imaginaria/revistas.htm>. Consultado el 7 oct. 2023.

Sassen, Saskia. *Los espectros de la globalización*. Fondo de Cultura Económica, 2003.

Silva, Macarena. *Pasiones del desencanto*. Proyecto de tesis doctoral PUC, 2008.

Subercaseux, Bernardo. *Gracias a la Vida. Violeta Parra: testimonios*. Galerna, 1976.

Rubí Carreño Bolívar es Profesora Titular en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha investigado, escrito y enseñado, entre otros temas, sobre las tradiciones literarias de mujeres; las relaciones entre violencia y erotismo en la narrativa chilena; la narrativa de Diamela Eltit; los vínculos entre subjetividades, escritura y cultura académica; masculinidades de artistas y hegemónicas.

<https://orcid.org/0000-0002-4706-6686>

rcarrenb@uc.cl